

da ya de que Petrarca fué un negociador y un estadista? ¿Quién une al nombre de Ariosto su carácter de Embajador en Venecia? ¿De qué le sirve á Milton haber sido Secretario de Cromwel? ¿Quién dentro de pocos años sabrá que Chateaubriand ha sido Ministro, y Lamartine Diputado? Creemos, pues, que el Sr. Duque de Rivas no librará su fama póstuma en sus recuerdos de orador, de Prócer, de Senador, y de Secretario del Despacho, por más que para sus contemporáneos sean gratos ó censurables su exageracion en un período, su medianía en algun puesto, y sus brillantes cualidades en otro. La política que tanto ha influido en su vida, no influirá para su fama.

Y sin embargo, todavía en las elecciones de 1840 la provincia de Vizcaya le propuso para Senador en segundo lugar, y la de Álava en primero. El Gobierno de Setiembre no tuvo por conveniente elegir á quien sin duda hubiera unido su elocuente palabra á las que en el Senado fueron la última protesta, si bien severa y terrible, contra los nuevos poderes. No le pesó de tan honroso desaire, y vive en Sevilla contento, satisfecho y desengañado, en el seno de su numerosa familia, ocupada toda su atencion en los placeres y trabajos de la vida doméstica, en la composicion de sus comedias, en la publicacion de sus obras, y en el trato de sus amigos.

El autor de estas líneas ha sido testigo de esta vida deliciosa, en días á cuyo recuerdo puede consagrar aquí una línea, siquiera le tachen por ella de parcialidad ó de impertinencia. Cuando desfallecido y enfermo fué á buscar aire de salud y de vida en las perfumadas riberas del Guadalquivir, bajo el sol vivificante de la bella Andalucía, allí, donde acaso más que la benignidad de la atmósfera, calmaron sus dolencias los consuelos y ternura de

sus solícitos amigos, no fué entre ellos el ménos tierno y cariñoso el ilustre escritor, cuya biografía le ha cabido en suerte. De sus lábios mismos oyó alguna vez la interesante narracion de algunas de sus vicisitudes y desgracias, en aquellas deliciosas noches, de que sólo pueden formar idéa los que las hayan pasado en los encantados patios de Sevilla, entre columnas de mármol, y macetas de flores, y árboles y fuentes, y en la sociedad de amigos y de hermosas, tan amena como aquellos jardines.

Los recuerdos que de esto nos quedan, van unidos á la grata memoria del Duque.—Por eso quizá nos hayamos detenido alguna vez en circunstancias minuciosas, cediendo, sin querer, al recuerdo de nuestras conversaciones, y repitiendo acaso las reflexiones mismas que entonces se nos ocurrían. Complacidos como el que cuenta sus propias adversidades, acaso hemos creído á veces que tendrían para todos la importancia que para nuestro corazon.

La amistad puede habernos hecho prolijos: un consuelo nos queda, y es que el temor de parecer por ella parciales, nos ha hecho ser constantemente severos.

APÉNDICE

Á LA BIOGRAFÍA DEL SEÑOR DUQUE DE RIVAS.

(ÚLTIMA ÉPOCA.—DE 1854 Á 1866.)

La ancianidad del literato y la del hombre de Estado son el crisol verdadero de sus merecimientos: en ellas se aquilata la estimacion que, no por voga ó por adulacion,

ó por esperanzas de proteccion y de medros, sinó por aprecio, admiracion y respeto, tributan á los varones ilustres las generaciones que van á sucederles. Y de igual manera que debe parecerles expiacion cruel de sus errores el abandono y el olvido en que hayan de recaer los más, debe ser grata en extremo á los pocos elegidos, el aura de desinteresado favor, que aunque apartados del torbellino del mundo, gocen, sientan y respiren.

Así logró la fortuna de que le acaeciese, el buen Don ÁNGEL DE SAAVEDRA para sus contemporáneos, y para la posteridad, el DUQUE DE RIVAS. El obtener estimacion tan grande por parte de la opinion pública, no era debido en verdad á las obras que en su ancianidad, y desde el regreso de Italia hubiese dado á luz el Duque, ni tampoco porque en los cargos que aún desempeñó, haya tenido proporcion de prestar servicios señalados á la Patria.

Únicamente dos composiciones poéticas del autor de *El Moro expósito* han sido publicadas en esta época: la una, alarde feliz de jovial ingenio, escrita como respuesta á una invitacion galante para la cena anual, que en Noche-Buena daba el Marqués de Molins á los principales literatos; y la otra, airoso y bello fragmento de *El Romancero de la guerra de Africa*, único en verdad que puede ser popular, y que corresponde plenamente al ambicioso intento de este libro. Irán pasando los años; mas no se dará al olvido aquel respetable viejo, que al ver llegado el instante de la generosa lucha, prorumpía en firme acento:

¡Ah! ¡Porqué la Omnipotencia
No hace conmigo el milagro
De que la nieve se funda
Que está en mi frente pesando;
Y que se siente mi planta,
Y que se afirme mi brazo,
Como un tiempo memorable
Bajo el invicto Castaños?
.....

¡Qué corazon no latía con el corazon del Duque, cuando éste sentía vibrar su fibra más honda al recordar los heridos! ¡Cómo no simpatizar con el trasunto inteligente y vivo de otro tiempo más glorioso, y no participar de su justo orgullo, cuando exclamaba con altivo arranque:

Al herido.... Yo tambien
De Ocaña por los collados
Con el licor de mis venas
Regué los laureles pátrios;
Y hoy en cárcel de dolores
Por la vejez amarrado,
Con mi lira solamente
El marcial grito acompaño,
Mientras que mi nietezuelo
Hace mi baston caballo,
Y dice que va á la guerra
De moros y de cristianos!

¡Cuán grato, en fin, oír de lábios, de quien por la edad y los pesares, los vaivenes de la fortuna y las alternativas de la opinion, ménos podría esperarse conservara esa pureza y verdor de juventud, el desprendimiento que campéa en su arrogante desprecio de los intereses, que son hoy, más bien que guía, el pérfido faro de muchas naciones:

Pues si sólo por guarismos
Se rigieran los Estados,
Y sólo á cuentas mirasen,
No hubieran salido acaso
Pelayo, de Covadonga,
Cristóbal Colon, de Pálos,
De Medellin y Trujillo,
Hernan-Cortés y Pizarro;
Y aun ¡quién sabe si vivieran,
De innobles canas cargados,
Velarde en su alojamiento,
Y Mina junto á su establo?

Hé aquí el secreto de la popularidad del Duque. Haber hecho de jóven lo que canta; haber procedido, hombre maduro y Prócer estimado, con igual resuelto brío, y decir con franqueza, sencillez y natural gallardía, cuanto venía á sus lábios, cuanto de improviso brotaba en su mente, más que por fría razón, por irreflexivo impulso.

Así es que la opinion pública, mirando sólo al varón recto, al Poeta esclarecido, simpatizó con el Duque hasta los últimos instantes de su vida, como había simpatizado con aquel otro hijo mimado suyo, D. Francisco Martínez de la Rosa.

Uno y otro desearon siempre hacer el bien: ambos tenían bien merecidos los honores y el aprecio público. Martínez de la Rosa, como el Duque de Rivas, gozaban al fallecer, de igual ó menor fortuna que la que heredaron, y los dos á la par habían sufrido por la constancia y lealtad de sus propósitos, la persecucion y el encono de los bandos enemigos; y perdonando siempre, y no abusando jamás de su posición, más tarde, aquél había tenido constantemente los restos de su valor cívico, y los últimos rayos de su elocuencia para emplearlos en pró de las causas perseguidas, y éste, para igual empresa, la fácil expresion de su palabra donosa, de su intrépido gracejo.

Por eso nadie tildó al buen Duque, al aceptar en 18 de Julio de 1854, con el cargo de Ministro de Marina, la presidencia de un Consejo de Ministros, que vivió veinticuatro horas, y que, merced á poco felices circunstancias, llevó el apodo de *Ministerio de las barricadas*. Por eso nadie desaprobó más adelante su nombramiento de Embajador de España en París, hecho en 20 de Julio de 1859, por un Gobierno muy combatido por los bandos militantes. Hizo dimision de este cargo en 2 de Julio del siguiente año; y tampoco persona alguna vió despues con desagrado que aceptase la Presidencia del Consejo de Estado, que desempeñó desde el 2 de Noviembre de 1863 hasta el 20 de Noviembre del siguiente año, recibiendo al otro día, como último galardón que podía otorgarle la bondad de la Reina, el Collar del Toison de Oro.

Aún recuerda el que esto escribe, la solemne ceremonia celebrada en la Real Cámara para la imposicion del Collar al venerable Prócer; y aún le parece oír de lábios de éste, terminado ya el acto, su festiva respuesta á la felicitacion de la Reina. «Señora, decia desde su asiento, mientras ella en pié, el impedido anciano: «esto es como la cena que, deba dársele ó no, se concede á los antojos del enfermo desahuciado, del hombre ya moribundo.»

Y no sin razon así hablaba: estas palabras decia el 9 de Diciembre de 1864; y el 22 de Junio de 1865 había fallecido, despues de recibir con serenidad apacible las visitas y consejos del Cardenal Arzobispo de Búrgos, D. Fernando de la Puente, su paisano y buen amigo, cuya muerte ocurrida ayer ¹ lloran sinceramente cuantos aman la sabiduría y la virtud.

Madrid unánime lamentó la eterna ausencia del Duque de Rivas. Y como si desde entónces hubiese de extinguirse toda una época, toda una literatura, los poetas, los artistas, la masa general de los madrileños se asociaron á los varios pensamientos, que, para conmemorar el aprecio universal hácia el autor de *Don Alvaro*, formaron entónces renombrados escritores; y asistieron á la par con recogimiento y fervor, á las honrosas exequias que al Duque fueron tributadas, y en las cuales cuanto hubo de modesto procedía de la voluntad del finado; cuanto de pomposo, del anhelo de sus compañeros y amigos.

Algunos meses despues, otra solemnidad reunía en el salon de sesiones públicas de la Academia Española á cuanto Madrid encierra de florido en letras, artes, ciencias y direccion de los negocios públicos. Esta ilustre Corporacion, —cuyo Director era el Duque desde el 20 de Febrero de 1862, hasta que falleció,—con más suerte y mejor acierto que los que tuvieron las reuniones de admiradores de aquel, antes habidas, oía el elegante y concienzudo discurso, que el Sr. D. Leopoldo Augusto de Cueto, hermano político del Duque, consagraba al exá-

¹ 12 de Marzo de 1867.

men de las dotes y de los escritos de aquel eminente varón, á quien rendía, no como pariente, sino llevando la voz de la Academia, este tributo de veneración y de afecto. Pulcro, castizo, exacto y muy razonado el escrito del Sr. de Cueto, era una obra tan grata y tan acabada, como lo son cuantas salen de su bien cortada pluma. La deleitada concurrencia oyó luego, recitadas por la voz sonora del Sr. D. Manuel Cañete, las dos poesías que el Duque escribió, en bien diferente situación de su existencia por cierto, con los títulos *Al Faro de Malta* la una, y *A la Vejez* la otra.

Este ha sido el último homenaje de los contemporáneos, y especialmente de los hombres de letras, que se lo tributaron cumplido ¹.

Todo lo demás que pueda honrar la memoria del Duque de Rivas, queda á la posteridad desapasionada. ¿Cabe, sin embargo, prever su juicio? Si no fuera temeridad arrogante, no vacilara en decir que el patriota estará, con el tiempo, al nivel del poeta; el poeta tendrá primacía sobre el hombre público; y la alcanzará por encima del Prócer y del Académico, el hombre como era en sí: el fogoso y discreto decidor; el razonador caprichoso, pero noble siempre; el perpétuo enamorado de tradiciones, grandezas y libertades; de lo grave y lo jovial á un tiempo.

Como nada era á él ajeno, nadie consideró al Duque como persona que le pudiera ser indiferente: y nuestros hijos, aunque lean menos sus obras, estimarán aún más que nosotros al varón á quien se deben.—BENITO VICENS Y GIL DE TEJADA.

Madrid 15 de Marzo de 1867.

¹ El Duque dejó á la Academia la parte más querida de sí, en su hijo D. Enrique, sucesor de sus títulos y que esperamos lo será de su gloria literaria. Es Académico desde 14 de Mayo de 1863.

(Nota del Compilador.)

DISCURSO

PRONUNCIADO

EN EL LICEO DE LA CORUÑA

EN 1846.

Señores: Estoy profundamente conmovido..... Ante la honra extraordinaria que me dispensa esta reunión; ante las demostraciones de consideración que me prodiga la sociedad artística y literaria de la Coruña; ante los inmerecidos obsequios de que soy objeto, al volver á pisar, después de muchos años de ausencia, el suelo de mi querida Patria, el sentimiento que embarga mi corazón en este instante, y que empeña para siempre mi profunda gratitud por tan benévola y paternal acogida, apenas me deja aliento, ni voz para significar, como deseaba, hasta dónde llega mi reconocimiento por tan señalada honra, por tan alta gloria.

En la emoción que me turba y desvanece, en el temblor que me embarga, yo apelo al corazón de todo aquel que se hallara en mi posición y en estas circunstancias. Desde este sitio, señores, y á las demostraciones que acabo de recibir, todo corazón generoso, que sepa palpar por el sentimiento de la Patria, no puede contestar con los labios, sino con las lágrimas de sus ojos.....

Recuerdo, señores, que en otros recintos, en más áridas circunstancias, y en un campo en que se ventilaban